

briera designio alguno. Mas los sicilianos echando en todas partes mano á las armas y gritando furiosamente *mueran los franceses*, se arrojaron sobre el justiciero del rey Carlos, y fué asesinado al instante. Despues de lo cual todos los franceses, no solo en Monreal, sino tambien en Palermo, en todas las casas y en todas las iglesias, fueron degollados sin escepcion ni misericordia, sin distincion de edad, sexo ni condicion. Sacrificaron hasta los niños que aun no habian salido á luz, arrancándolos del seno de sus madres para darles la muerteantes que hubieran nacido. Por fin, en Palermo solamente quedó con vida un francés llamado Guillermo de Porcelets. Movidos los sicilianos de la probidad singular que este noble provenzal habia mostrado constantemente en el gobiernode Puzozoles, le enviaron sano y salvo á su patria. Despues de la egecucion de Palermo, corrieron los señores á sus Estados para hacer por todas partes igual matanza. El 31 de marzo hubo igual matanza en Cefaledi, en Trápani, etc. Los de Messina no se declararon tan pronto; pero al fin lo egecutaron antes de que concluyese abril, matando ó espulsando de su ciudad á todos los franceses que en ella habia. A esta mortandad se dió el nombre de *Visperas Sicilianas*. (1282).

Comunicóse inmediatamente la nueva al rey de Aragon. Habia este seguido con su flota á Juan de Procida, fingiendo dirigir la proa hácia la costa de Africa. Cuando la ruta de Sicilia se le allanó por los torrentes de sangre francesa, alzó al instante el sitio simulado que habia puesto á una plaza berberisca, y fué á desembarcar en Trápani, de donde pasó con rapidez á Palermo, donde fué coronado en 2 de setiembre de 1282, no por el arzobispo de la ciudad, segun costumbre, porque este prelado se habia retirado cerca del Papa, sino por el obispo de la pequeña ciudad de Cefalu.

Dirigióse sin embargo el rey Carlos á reclamar la proteccion del Sumo Pontífice, el cual miró la causa de este príncipe como la de la Iglesia, y en particular de la Santa Sede, de quien la Sicilia era feudo. Excomulgó nuevamente á Miguel Paleólogo, como cómplice en una atrocidad tan infame, y despues al rey de Aragon, declarando á uno y otro privados de sus coronas, si dentro de un término que les prefijó no iban á implorar la clemencia de la Santa Sede, y á dar la debida satisfaccion al rey Carlos. O el emperador no tuvo antes de su muerte ningun conocimiento de este nuevo anatema ó lo miró con la misma indiferencia que el otro que habia sido antes lanzado contra él solo y repetido muchas veces despues. No varió en nada su conducta personal respecto á la reunion de las dos iglesias: hasta su muerte, que aconteció en 11 de diciembre de este año de 1282, perseveró aparentemente en la union que habia restablecido; pero los Papas Nicolao y Martino, que conocian mejor que nadie los compromisos é infidelidades de este emperador, cuya crueldad y vida poco cristiana son por otra parte incontestables, nos prueban con la conducta que observaron la que debe pensarse de la doblez de Paleólogo. Andrónico II, su hijo y sucesor, que le habia mostrado un amor y un respeto constantes, pero cuya adhesion al cisma no se plegaba en el trono á la misma simulacion, no quiso que fuera honrado con la sepultura de los emperadores; y esto únicamente, dice un escritor de su partido (1), porque Miguel habia abandonado la verdadera doctrina de la Iglesia para abrazar la de los latinos; esto es, que los griegos, aunque grandes admiradores de su mérito, le han tratado despues de su muerte como á un desertor de la religion de sus padres.

(1) Greg. lib. 8.

Mas para que los cismáticos privasen de la sepultura imperial á Miguel no bastaba que este príncipe se hubiese adherido al concilio de Lyon en los primeros años de su reinado y despues no se hubiese declarado abiertamente contra la Santa Sede?

Habiendo transcurrido el término señalado por el Pontífice, sin que el rey de Aragon, como ya era de esperarse, hubiera dado satisfaccion, y reputándose desde aquel punto definitiva la sentencia de anatema, Martino IV declaró el 1.º de abril de 1285, que la guerra de Carlos de Anjou contra aquel monarca era causa de Dios (1). Por consiguiente ordenó la cruzada contra el rey Pedro, é hizo publicar en todas partes que todos los fieles que tomaran las armas para este fin y murieran en la pelea, gozarian de la misma indulgencia que los que iban en socorro de Tierra Santa. El rey de Francia Felipe el Atrevido envió fuerzas considerables á la Pulla al socorro del rey Carlos su tio. Era su ardor tanto mas grande cuanto se veia burlado personalmente por el pérfido aragonés, quien despues de haber sacado de Francia una buena suma de dinero con pretesto de socorrer á los Santos Lugares, se habia servido de ella para destronar al rey de Sicilia. Un nuevo ardid sacó al rey de Aragon del nuevo embarazo en que se encontraba. Como conocia la franqueza y el valor de Carlos de Anjou, le hizo proponer que para no derramar la sangre de los pueblos, terminaran la discordia personal con un singular combate. Para ello llegó hasta prefijar el primer dia de junio, y para campo de batalla la llanura de Burdeos, parage neutral, como que pertenecia al rey de Inglaterra. El Papa, informado de este desafio, no dejó de oponerse á él como á un duelo prohibido por las leyes de la Iglesia; mas no era necesaria la precaucion

contra la baladronada aragonesa. En vano el rey Carlos, que creyó su honor comprometido, se presentó en el sitio señalado, á pesar de todas las representaciones y prohibiciones del Sumo Pontífice; Pedro no compareció, y no tuvo otra mejor excusa que dar que el peligro particular que habria corrido á causa del acompañamiento numeroso del rey Felipe que vino á Burdeos en calidad de testigo del combate (1).

Fulminó nuevamente el Papa Martino su anatema, y mas terriblemente que nunca, contra el rey Pedro. La bula estaba concebida en los siguientes términos (2): «Pedro, rey de Aragon, y los sicilianos rebeldes, no habiendo tenido ningun respeto ni á nuestras amonestaciones ni á nuestras amenazas, á fin de que estas, quedando sin ejecucion, no sean un objeto de desprecio; de consejo de nuestros hermanos los cardenales, privamos á este príncipe del reino de Aragon y de todos sus demas Estados y de la dignidad Real, y esponemos sus dominios á la conquista de los católicos, segun fuese dispuesto por la Santa Sede. A todos sus súbditos los declaramos enteramente absueltos de su juramento de fidelidad; le prohibimos inmiscuirse en cosa alguna del gobierno de sus Estados, y á todas las personas de cualquiera condicion que sean, eclesiásticas ó seculares, el prestarle favor alguno con este fin, reconocerle por rey, obedecerle y rendirle algun obsequio.» Poco despues envió el Pontífice á Francia al cardenal Juan Cholet, que era natural de aquel reino, y le concedió el poder de dar á un hijo del rey Felipe, para él y para sus descendientes perpetuamente, asi el reino de Aragon como el condado de Barcelona, de los que pretendian los Papas poder disponer plenamente á consecuencia del tributo á que se obli-

(1) Duchesn. tom. 5, pag. 541.

(2) Rain. num. 15.

(1) Rain. ann. 1283, num. 2.

gó para siempre el rey Pedro II á favor de la Santa Sede. Dejó á otros, dice Muratori, el decidir si fué justo y laudable el decreto de Martino IV contra Pedro de Aragon. Pero lo que sé muy bien es que los franceses, que en estos últimos tiempos han atacado el poder que los soberanos Pontífices se atribuyen de deponer á los reyes y de disponer de sus reinos, recibieron con las manos abiertas esta donacion que el Papa Martino les hizo de los Estados de otro, y como luego veremos hicieron sus esfuerzos por apoderarse de ellos. Aceptó la donacion Felipe el Atrevido en nombre de Carlos su hijo segundo, y aun hizo añadir á ella el reino de Valencia. Predicó el legado la cruzada contra Pedro: Felipe tomó la cruz, y el Papa le concedió para esta expedicion la décima de las rentas eclesiásticas, aun de muchas diócesis de fuera de sus Estados.

Pero á pesar de todos los rayos de Roma, el rey Pedro conservó sus Estados de Aragon y el reino de Sicilia. Además hizo acometer á Nápoles, que perseveraba adicta á Carlos de Anjou, bajo el mando del príncipe de Salerno su hijo, en tanto que él se encontraba en Francia. Este príncipe joven, no obstante las órdenes espresas del rey su padre, no pudo contener su ardimiento: embarcóse en las galeras y marchó contra el almirante de Aragon (1284), prendióle éste y le envió prisionero á Sicilia; lo que puso el colmo á la pena del rey Carlos, y le causó la muerte en 7 de enero del año 1285. No hizo el rey de Aragon mas aprecio de las censuras que de las amenazas del Papa Martino. Resistió á la sentencia de este Pontífice, y apeló de él á un Papa no sospechoso: en lo que parece consintió todo el clero de sus Estados puesto que ni los obispos, ni aun los religiosos de todas las órdenes observaron en nada el entredicho. Respecto á las órdenes del Pon-

tífice en materia temporal, hizo de ellas tan poco caso, que en desprecio de la prohibicion que recibió de tomar el título de rey de Aragon, se calificó de caballero aragonés, padre de dos reyes y soberano de los mares. Efectivamente, transmitió á sus hijos sus dos reinos, el de Aragon á Alfonso su primogénito, y á Jaime, su segundo hijo, el de Sicilia (a). El Papa Martino murió en el mismo año que Carlos de Anjou, el dia 25 de marzo, sin haber ejecutado nada de sus grandes proyectos, ni sobre Aragon, ni aun sobre la Sicilia. Debe sin embargo confesarse que al usar de un derecho que en él reconocia la jurisprudencia de aquel tiempo, se constituyó en órgano de la humanidad contra los autores de las *Visperas Sicilianas*, y de la justicia contra el usurpador Pedro de Aragon. Martino IV fué enterrado en Roma en la iglesia de los franciscanos y con el hábito de esta órden, siendo quizá el único Papa que haya tenido esta devocion. Su sepulcro fué señalado tambien por gran número de milagros, y así los habitantes de Perugia nunca quisieron consentir se trasladase su cuerpo á Asis al convento de los franciscanos, á pesar de haberlo pe-

(a) Los estrechos límites de una nota no nos permiten hablar estensamente de las largas disensiones de Martino IV con Pedro III de Aragon, y que forman quizá uno de los puntos mas graves en la historia. Pedro podia alegar derechos á la corona de Sicilia, y protestó siempre que no peleaba con otro objeto que el de asegurar á sus hijos lo que les podia pertenecer por su esposa y madre de ellos doña Constanza, hija de Manfredo, que habia sido coronado rey de Sicilia, siendo luego vencido y pereciendo en la batalla de Benevento por Carlos de Anjou. El sumo Pontífice sostenia los derechos de este Carlos de Anjou, constituido por su predecesor y generalmente reconocido por el rey de Sicilia; por manera que ambos partidos juzgaban pelear por la justicia. Pero los sucesos posteriores afirmaron á la augusta casa de Aragon en la posesion del trono de Sicilia, y los Papas igualmente que los demas soberanos de Europa reconocieron los derechos de los descendientes de don Pedro. Véase Mariana, lib. 14, Ortiz, lib. 9, cap. 14 y 15 y L. fuente, p. 2, l. 3, c. 3, debiendo empero tener siempre presentes las observaciones que repetidas veces ha hecho Henrion acerca de la jurisprudencia de aquellos tiempos respecto á las facultades del Papa en lo temporal. (N. del E.)

dido así este Sumo Pontífice antes de morir.

Al principio del pontificado de Honorio IV, antes Jaime Savelli, cardenal diácono y romano de nacimiento, que fué elegido Papa en 2 de abril siguiente, el rey Felipe el Atrevido y el cardenal legado Juan Cholet marcharon á la conquista del reino de Aragon. Los franceses cruzados, como si se hubieran armado contra los moros, se manifestaron por el contrario del todo semejantes á estos infieles. En Cataluña, adonde penetraron, prodigaron la sangre hasta en las iglesias, las profanaron infamemente, y violaron hasta las religiosas. Los libros, los ornamentos eclesiásticos, las imágenes, los vasos sagrados vinieron á ser materia del pillaje, del tráfico ó de un escarnio sacrilego. Quitaron las campanas, y se divirtieron en romperlas. Sin embargo, mostraron tal devocion por la cruzada, que los auxiliares del ejército y todos los que no tenían flechas ni otras armas, cogian piedras, y decian al tirarlas: *yo peleo contra el rey de Aragon para ganar la indulgencia*. Las horribles enfermedades que acabaron con una gran parte del ejército y de sus jefes, fueron miradas como un castigo divino de estos crímenes. Se vieron obligados á abandonar la empresa despues de haber tomado tan solo la ciudad de Gerona (a). Acometido el mismo rey Felipe

(a) Dejando á un lado los pormenores de la entrada de los franceses en Cataluña y de la memorable defensa que hizo el rey don Pedro, todo lo cual puede verse en los historiadores ya citados, añadiremos aqui que durante la guerra que el rey de Francia emprendió contra Aragon y entre los azotes con que visiblemente castigó el cielo los sacrilegios y demas crímenes que cometió en Cataluña el ejército francés, sucedió el célebre milagro de las moscas en Gerona. Esta fuerte y siempre heroica ciudad se rindió despues de un largo sitio y de haber derrotado varias veces las fuerzas enemigas, y entrándola los franceses con la mayor insolencia, cometieron todo género de maldades con algunos moradores que quedaron. Lo primero que hicieron fué violar y despojar la iglesia de cuanto habia en ella, singularmente las riquezas y donativos del sepulcro del mártir San Nar-

del contagio, y llevado en brazos sobre una cama, apenas pudo llegar á Perpignan, donde murió á la edad de cuarenta años, un domingo 5 de octubre. Su hijo mayor, que no tenia mas que diez y siete años, le sucedió bajo el nombre de Felipe IV ó Felipe el Hermoso. Algunas semanas despues del fallecimiento del monarca francés, murió tambien el rey Pedro de Aragon, de edad de cuarenta y seis años, el 10 de noviembre, vispera de San Martin (a).

oiso, obispo y patron de Gerona, y hasta tuvieron la sacrilega osadia de arrastrar por el suelo el santo cadáver que se mantenía incorrupto para el momento salieron del mismo sepulcro enjambres de voraces moscas ó tábanos extraordinariamente grandes, que persiguiendo y picando á los profanadores moria estos irremediamente. Hasta cuarenta mil subió el número de los muertos en breves dias picados de aquellos insectos, y otros tantos caballos y acémilas, segun el mismo rey don Pedro lo escribió al de Castilla, y segun lo confesaron los mismos franceses. Con esta pérdida y con las grandes derrotas que padecieron en el mar por el denuedo de Roger de Lauria, y con las enfermedades que de nuevo les acometieron, vieron forzados á abandonar su empresa, y regresó Felipe á Francia acompañado solo de un miserable resto de los cien mil hombres con que invadiera á Aragon, debiendo aun entonces su vida al salvo concierto que los príncipes franceses pidieron al rey de Aragon, y que este no vaciló en concederles. (N. del E.)

(a) Marchaba don Pedro á la conquista de Mallorca, cuyo rey don Jaime, su hermano, aborrecido de sus propios vasallos, habia favorecido la guerra de los franceses contra el aragonés; pero á las cuatro leguas de Barcelona, de donde habia salido el 26 de octubre, le acometió una violenta fiebre. Trasladado con no poco trabajo á Villafrauca del Penedés, agravada la dolencia y conociéndolo el mismo don Pedro, llamó al príncipe don Alfonso su primogénito, dióle sus instrucciones acerca de la razon y causa de la expedicion de Mallorca, y le envió á que se embarcase y hallase en ella, como efectivamente lo hizo, dando en pocos dias gloriosa cima á tan grande empresa. Mandó luego el enfermo que entrase á su presencia el arzobispo de Tarragona, los obispos de Valencia y Huesca con otros prelatos y gran número de señores, y declaró ante todos que ano habia pasado á Sicilia por falta de respeto á la Iglesia de la que se preciaba ser hijo, sino en virtud del incontestable derecho que sus hijos á ella tenían: que por cuanto cualquiera censura eclesiástica justa ó injusta debia ser obedecida en cuanto cupiese, habia mandado guardar el entredicho (luego no es cierto lo que antes dice Berault, que éste no se observó); y que suplicaba al arzobispo de Tarragona le absolviese de la excomunion, pues prometia estar á lo que la Santa Sede determinara. Con feso luego el rey sus pecados con dos confesores á un mismo tiempo para mayor humildad, y quiso ser absuelto por entrambos. Recibió la Eucaristia y Estremauncion, cruzó los bra-

Durante estas turbulencias y desórdenes se obraba en la iglesia oriental una revolucion aun mas triste á los ojos de la Religion. El emperador Andrónico II, que fué el autor ó el instrumento, era á la sazón un jóven príncipe de edad de unos veinticuatro años, en afabilidad, y casi en la dignidad del aspecto, diverso en todo del emperador su padre. Tenia Andrónico sobre todo los defectos opuestos al genio de Miguel, un espíritu ligero, una alma destituida de toda elevacion, una debilidad deplorable, una devocion necia que rayaba en supersticion y ridiculez. La primera cosa que hizo al subir al trono, fué abandonarse á la direccion de la princesa Eulogia su tia, que era otra mala cabeza, devota fanática, y de secta, y siempre la corifea del cisma, á pesar del destierro á que la habia condenado el emperador su hermano. Sobre todo lisongeoó ella la necesidad de su sobrino, afectando llorar inconsolablemente sobre la suerte del emperador difunto, porque habiendo acabado, decia, en la heregia de los latinos, habia ciertamente incurrido en la condenacion eterna (1). Ausiliábala en esta trama Teodoro Musalon, gran cancelario y hombre muy falaz, que habiendo sido siempre cismático obcecado en el alma, y católico fingido en el postrer reinado, hizo cuanto podia esperarse de la cobardia y de aquel fantasma de religion

zos, levantó los ojos al cielo y murió sosegadamente en la víspera de San Martín, 10 de noviembre de 1285, á los cuarenta y seis años de edad y nueve de reinado. Asi espirió Pedro III de Aragon, llamado el Grande por sus empresas, por su ánimo generoso y por su genio militar. Mariana, lib. 14, cap. 9; Ortiz, lib. 10, cap. 1; Lafuente, p. 2, l. 3, c. 3, donde puede verse tambien cómo concurrió el rey D. Pedro á la cita de Burdeos, la trama que contra él se habia formado, y el acta que de su presencia y de los motivos de su retirada hizo levantar al senescal del rey de Inglaterra, el cual obedeciendo al Papa, que habia condenado este duelo, no quiso ser testigo ni juez, no siendo por consiguiente esacto lo que dice Henrion acerca de la «abaladronada aragonesa.» (N. del E.)

(1) Pachym. in Andron. lib. 1, cap. 3.

que se va tras todo viento de fortuna. Andrónico, entregado á estos dos guias, principió por pedir y cumplir la penitencia pública por haber suscrito á la reunion con los latinos. Esta accion teatral fué como una señal dada á todo cismático contenido por el temor para declararse con insolencia; y á los que habian abjurado el cisma, para volver á él como su nuevo emperador por el camino de la absolucion.

Al propio tiempo obligaron al patriarca Vecco á retirarse á un monasterio, y colocaron nuevamente (1282) en la silla patriarcal al débil José, cuya decrepitud habia estinguido en él hasta la postrer chispa de vigor. Dejose conducir á ciegas por unos celadores inquietos, y sobre todo por unos monges, cuyas extravagancias, no menos que sus violencias, han sido condenadas aun por los mismos escritores adictos al cisma (1). Distinguiéronse principalmente aquellos solitarios codiciosos en el tráfico de las gracias de reconciliacion, las cuales detallaban como comerciantes hábiles, á fin de sacar mas ventaja. Hacian pagar como por arancel, tanto por la entrada en la Iglesia, tanto por asistir al canto de los Salmos, tanto por participar del pan bendito, y mucho mas por ser admitidos á la comunión. En una palabra, por fuerza ó por seduccion, casi todos los griegos se encontraron en breves dias en aquel mismo estado que tenian antes del último reinado.

Solo casi el célebre Juan Vecco y sus dos sábios arcedianos Constantino Melitiniota y Jorge Metochita, junto con Manuel Calacas, permanecieron inmutables en la profesion de la verdadera fé. El patriarca y los arcedianos fueron arrastrados de destierro en destierro, y murieron por fin de miseria despues que el emperador hizo

(1) Pachym. vit. Greg. lib. 6.

grandes aunque inútiles esfuerzos por atraerlos á su partido. Atrevióse á hacer comparecer á Vecco en muchos concilios; pero los mas doctos cismáticos, en lugar de convencerle, fueron vergonzosamente confundidos (1). Sin embargo, el piadoso y sábio Vecco, así como tambien sus dos discípulos, queriendo dejar á la posteridad monumentos que depusieran eternamente contra la inconstancia y la irreligion de su pueblo, compuso muchos escritos que brillan con los rasgos mas luminosos de la verdad, y consignó en su testamento un testimonio muy particular en favor de la doctrina católica sobre el artículo del Espíritu Santo. Manuel Calacas tuvo valor para publicar, desde el principio de esta persecucion, cuatro libros contra los errores de los griegos, libros que merecieron tal aprecio del Sumo Pontífice, que al punto los hizo traducir en latin (2).

Gregorio de Chipre, tan celoso por la union en tiempo del emperador Miguel, estuvo muy distante de observar la misma conducta y hacer igual uso de sus talentos y de la ventaja particular que tenia de haber nacido bajo la dominacion de los latinos y de haber aprendido su doctrina desde niño en la isla de su nombre. Prestóse tan ciegamente al tiempo, y acomodó de tal suerte su religion á la de su nuevo soberano, que habiendo muerto el patriarca José y permaneciendo Vecco siempre desterrado, hizo Andrónico conferir esta dignidad al apóstata, quien dió á entender que se avergonzaba de sí mismo, pues trocó su nombre de Jorge en el de Gregorio. Con todo, siendo apreciado por su espíritu, por su elocuencia, y en especial por la pureza del idioma griego que habia res-

(1) Pachym. lib. 7, cap. 7.

(2) Allat. de perpet. consens. lib. 2, cap. 13 el 13.

B. del C., tom. XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO IV.

tablecido despues de un largo olvido de los antiguos modelos, tuvo la presuncion de escribir, no solamente contra los católicos desgraciados, sino tambien contra muchos sábios que disfrutaban de favor (1). Hiciéronle estos conocer que la elegancia de la dicción era un talento muy frívolo respecto á los conocimientos indispensables para tratar las santas profundidades de nuestros misterios. En sus escritos descubrieron errores, heregias formales y verdaderas blasfemias, y le acometieron con tanta viveza y con tanta perseverancia, que agoviado de tristeza, se vió reducido á descender de la silla adquirida á costa de su conciencia y de su honor, y á encerrarse en un monasterio para pasar el resto de sus dias.

El imprudente Andrónico, que se habia propuesto ilustrar su reinado dando un nuevo estímulo al espíritu inquieto del cisma y de las facciones, vió resultar de él un trastorno general en su iglesia y en su imperio. En vez de un cisma se formaron cuatro entre los griegos, esclusivamente adictos á otros tantos patriarcas, que ellos decian haber sido depuestos sin justicia, y no se tenian menos aversion unos á otros que á los latinos (2). Este príncipe débil dejábase llevar, ya de un partido, ya del opuesto, y queriendo acomodarlo todo sin tener la habilidad ni la autoridad necesarias para ello, era alternativamente el juguete de cada faccion. Esperimentó su imperio con mociones y reveses, de los que se resintió tan violentamente, que ya no volvió á salir de este estado vacilante y parecia no esperar ya otra cosa que el momento de su inevitable ruina. Batido sin cesar y por todas partes, en Occidente por sus rebeldes, súbditos por los tártaros, los scitas, los franceses, los genoveses, los pisanos y los venecianos; en

(1) Greg. lib. 6.

(2) Pachym. in Andron.